

Chávez: Mitad Perón, mitad Che Guevara

(fragmentos)

Alexandre Adler

LA VICTORIA DEL SEMICAUDILLO VENEZOLANO HUGO CHÁVEZ CONSTITUYE UN VIRAJE decisivo en la historia política de América Latina. Aunque amplificado por fraudes y la masiva asistencia a las urnas, su triunfo es indiscutible. Sin embargo, como diría Esopo acerca de la lengua, esta victoria del populismo criollo es a la vez la peor y la mejor de las cosas.

Comencemos por lo peor: Argentina, que en este campo, al igual que en muchos otros, ha servido de laboratorio para todo el continente austral, engendró en la época de su frágil prosperidad dos aberraciones ideológicas perdurables: el peronismo y el guevarismo. Estas dos ideologías coinciden en lo esencial, aunque aparentemente podrían considerarse opuestas: Perón era un fascista y simpatizante activo de Mussolini y Hitler, mientras que Guevara fue un semitrotskista en busca de una revolución latinoamericana original. Ambas ideologías se fundamentan en la execración del modelo de libertad estadounidense.

Por otra parte, es la diplomacia argentina la que constantemente habrá de poner un veto sostenido, de 1930 a 1980, a toda propuesta de Washington sobre la creación de una comunidad de las Américas, al principio contra Hitler y, posteriormente, para extender el liberalismo económico.

Ese síndrome argentino era a la vez la expresión de «una embriaguez de riqueza» y de un surgimiento aún más brutal del poder popular. En efecto, la Argentina de principios de los años 40 es un país consciente de su poder económico aparente, puesto que la guerra aumentó considerablemente el valor de las exportaciones procedentes de la Pampa. Pero esa misma guerra, que obstaculizaba la llegada de productos industriales de Europa y de Estados Unidos, igualmente permitió una sustitución de las importaciones que dio pie a un crecimiento vertiginoso de la industria nacional. En esas condiciones, surgió una fuerte tentación de redistribuir a ciegas los beneficios de esa coyuntura excepcional, principalmente a favor de los más necesitados, aquellos a quienes Evita Perón llamara con regocijo los «descamisados».

PRINCIPIOS E ILUSIONES

Sin embargo, el peronismo también es la expresión del ascenso, sin materialización democrática, de una fuerza popular autóctona. En un país donde las oligarquías terratenientes,

que como en toda América Latina se proclaman liberales o conservadoras, dominaban por completo el proceso político, la irrupción de Perón le vale la adhesión de un pueblo ávido de justicia social y, más aún, de participación, pero carente de una cultura política verdadera y de organizaciones políticas sólidas. Entre 1943 y 1945, el Partido Socialista estalla, cuando los factores esenciales de su base sindical se unen al fascismo social de Perón, al tiempo que se margina de manera permanente a los comunistas y a los radicales. El joven Ernesto Che Guevara, procedente de una familia de intelectuales de izquierda, no comparte la ideología peronista, pero abrigará todas sus ilusiones: un antiamericanismo fanático en el cual aupará a Fidel Castro, quien fue igualmente iniciado en ese culto bárbaro por un padre español y franquista, derrotado en la guerra de 1898; un populismo fundamental que apenas toma en cuenta el marxismo verdadero de los pequeños partidos comunistas, considerados como demasiado reformistas; pero, sobre todo, un férreo desprecio hacia las dificultades de la producción.

(...)

MEZCLA PERVERSA

Chávez es el resultado de una síntesis particularmente perversa de esos dos movimientos impulsivos nacidos del gran infortunio argentino.

Por un lado es peronista, puesto que, al igual que su maestro, es un militar autoritario y golpista como a menudo lo son en América del Sur esos oficiales que nunca han hecho la guerra sino contra su propio pueblo (sólo Brasil y México participaron en la Segunda Guerra Mundial al lado del aliado estadounidense).

Además, al igual que Perón, Chávez, tras una tentativa fallida de claro golpe de Estado, se impone a un sistema democrático esclerosado y exangüe, cuyos equivalentes del radicalismo y conservadurismo argentino están representados, respectivamente, por Acción Democrática y COPEI.

Es aquí donde puede encontrarse el guevarismo de Chávez: si Perón se había apoderado de Argentina en 1943, con todas las facilidades que eso le permitió inicialmente y la adhesión entusiasta de una parte de las clases medias, Chávez recibió el apoyo popular al pie de la cuesta, cuando la depresión de la renta petrolera erosionaba profundamente a la sociedad venezolana.

En cuanto a la izquierda, ésta estaba profundamente dividida y así ha permanecido hasta la fecha, al igual que el Partido Socialista Argentino de 1945.

Chávez mantiene un discurso fundamentalmente de izquierda: una reforma agraria que en este caso afecta, mediante la expoliación, no a los propietarios absentistas de antaño, sino a una agricultura productivista de medianos campesinos; una redistribución, sin progreso en la productividad, de lo que resta de la renta petrolera en forma de dádivas sin porvenir, mientras cada día que pasa se desmoronan las infraestructuras del país; la restricción y reglamentación de las ya débiles exportaciones industriales y agrícolas, en parte para arruinar deliberadamente el mundo de los empresarios hostiles al jefe. ¿Qué más da? El petróleo pagará, como el tabaco y el azúcar debían pagar cuando Guevara era el zar de la economía cubana.

Este es el aspecto negativo: la victoria clara de Chávez es la confirmación de la fuerza del populismo que actualmente arrasa a toda América del Sur. Incluso la Colombia

de derecha y el Chile de centroizquierda, que todavía no han sido arrastrados por el ciclón, también terminarán por verse afectados.

El triunfo de Chávez es como, para decirlo con las palabras de Barbey d'Aureville, «la felicidad en el crimen».

Sin embargo, también existe un aspecto positivo: el triunfo de la diplomacia brasileña que, pacientemente, busca una vía de independencia no antagonista con respecto a Estados Unidos. En efecto, todo opone el régimen de Lula al de Chávez. Entre los dirigentes brasileños del Partido de los Trabajadores no se aprecia ningún exceso económico, más bien se observa, en ocasiones, una ortodoxia financiera excesiva. No se aprecia ningún populismo irresponsable, ninguna demagogia en materia de reforma agraria, ninguna apología del proteccionismo industrial y, aunque un elemento secundario, ni rastro del antisemitismo populista que Chávez ha contraído por el contacto con sus interlocutores más extremistas de la OPEP.

Y, sin embargo, el régimen brasileño tampoco puede permitirse ver recaer a Venezuela en el campo estadounidense, ya sea bajo el impacto de una guerra civil fría que desemboque en una victoria electoral de la oposición o bajo el impacto de un golpe de Estado militar siguiendo el modelo de quienes estuvieron a punto de lograrlo hace dos años. No podía ser más oportuno. Estados Unidos actualmente tampoco desea una derrota demasiado contundente de Chávez. En el estado de tensión en el que se encuentra el mercado petrolero, más le vale a Washington contar con un suministro regular de petróleo de Venezuela que con un país en guerra civil que contribuirá *ipso facto* a la tendencia alcista de los precios del petróleo inducida permanentemente por la situación del Medio Oriente.

AJEDREZ GEOPOLÍTICO

Ciertamente, la victoria del mandatario venezolano es la del populismo, pero también es el triunfo de un proceso electoral más o menos transparente. Aunque Chávez ha dejado entrever en su discurso su deseo de confiscar el poder, hoy es más remota la posibilidad de que se instale una dictadura roja parda, estrechamente ligada a Cuba. De la misma forma, se aleja el respaldo venezolano a las guerrillas de Colombia, forzadas a un repliegue estratégico bajo el liderazgo del presidente Uribe.

En esas condiciones, se esboza una nueva arquitectura del continente austral: un populismo de izquierda no siempre muy moderado y profundamente hostil a Estados Unidos, pero también un respeto aún precario, aunque probablemente definitivo, de los procedimientos democráticos. Ese equilibrio, todavía deleznable, bien vale una misa trotskista en Brasilia.

(Tomado de la traducción de Lidia Da Silva para *El Nacional*, Caracas, 29 de agosto, 2004, del trabajo original publicado por *Le Figaro*).